

esa referencia: «No tengas miedo, Zacarías, pues tu petición ha sido escuchada, y tu mujer, Isabel, te dará un hijo» (v. 13). En este momento la historia podría decirse terminada: la larga espera ha sido recompensada, una familia más puede gozar de un hijo, donado por la bondad divina más que por las leyes biológicas de la naturaleza. En un contexto excepcional análogo habían nacido Isaac (cf Gén 21), Samuel (cf 1Sam 1) y Sansón (cf Jue 13). Y, sin embargo, el nacimiento de este niño, aun estando en la línea de otros nacimientos prodigiosos, contiene caracteres inéditos y originales que el largo mensaje angélico pone bien de manifiesto.

En primer lugar está el nombre de «Juan», que un oído hebreo podía entender fácilmente como «Dios hace gracia». Es la gracia concedida a dos padres ancianos de tener prosperidad pero, más aún, es la gracia de Dios concedida a todos los hombres: estos podrán beneficiarse de la presencia sabia de aquel que «será grande ante el Señor» (v. 15) y tendrá la misión de reconducir «a muchos israelitas al Señor [...] a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (vv. 16-17). Estos versículos fundamentan y motivan el título de precursor dado a Juan, misión que él cumplirá perfectamente con un fuerte recuerdo de la conversión y de la penitencia, idea encerrada en la cita de Mal 3,23-24, referida explícitamente. Además, la superioridad de este niño se encuentra en la excepcional riqueza del Espíritu Santo: «Estará

lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre» (v. 15). Con la fuerza de este Espíritu, él será «santo» desde el principio. Esto justifica el hecho de que Juan, con la excepción, evidentemente, de Jesús y María, sea el único santo del que se celebra la fiesta litúrgica de su nacimiento terreno (24 de junio), puesto que, normalmente, es la fecha de la muerte (nacimiento al cielo) la que se recuerda. Este dato pretende recordar que Juan es designado por Dios para cumplir su misión. Estas páginas registran su vocación, el motivo de su elección.

La duda de Zacarías

88

La reacción de Zacarías se concreta en una pregunta: «¿Cómo sabré que es así? Pues yo soy viejo, y mi mujer de avanzada edad» (v. 18). La objeción, que entra normalmente en el esquema literario de personajes relacionados con lo divino (cf Manóaj en Jue 13,12), aquí se considera por encima de la línea de lo lícito: «Te quedarás mudo y no podrás hablar hasta que suceda todo esto, por no haber creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo» (v. 20). Francamente, el lector queda un poco sorprendido, casi desorientado, de tanta severidad, sobre todo si conoce los modelos bíblicos, en los que la pregunta u objeción es casi la regla. Los intentos de explicarlo son numerosos, aunque no muy convincentes.

Queda el hecho de que los signos ofrecidos son tales como para inducir una fe más firme; enumeramos, entre otros, la aparición angélica en el contexto solemne de la liturgia en el Templo, el nombre a imponer al niño, el mensaje detallado acerca de su función y el apoyo de la cita bíblica. La duda de Zacarías parece un repliegue sobre sus propios límites, en lugar de una generosa apertura a la posibilidad de Dios. El ángel anuncia el castigo anteponiendo su nombre: «Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios, y he sido enviado a hablarte y darte esta buena noticia» (v. 19). El nombre «Gabriel», inexpresivo para un oído moderno, a un semita le recordaba inmediatamente el significado de «Dios es fuerte». La tradición bíblica conocía a este ángel como revelador de visiones difíciles (cf Dan 8,16; 9,21), como aquel que ayudaba a dividir el tiempo en periodos y a atisbar más allá del presente. El «pecado» de Zacarías es no haber dado crédito a la fuerza de Dios, que se expresaba en la palabra de Gabriel y no haberse dado cuenta de que el tiempo había alcanzado un hito decisivo, expresado también en el nombre del niño: «Dios hace gracia». Es decir, Zacarías no se ha dejado «evangelizar», como dice literalmente el texto griego, traducido con el «darte esta buena noticia». El sacerdote se ha insensibilizado en su perplejidad, se ha curvado sobre sí mismo en lugar de abrirse a la fuerza de Dios. De aquí el castigo.

Tenemos que añadir también que su mutismo,

del que ha de soportar la penosa consecuencia, produce el efecto benéfico de ser signo para los demás. En efecto, cuando apareció en público, como prescribía el ritual litúrgico, para la bendición al pueblo, todos «comprendieron que había tenido alguna visión» (v. 22). Bajo esta luz, el mutismo adquiere el valor de un signo doble, para Zacarías y para el pueblo: Zacarías tiene que convencerse de que Dios va en serio y que nada es imposible para Él, ni siquiera el nacimiento de un niño de progenitores ancianos; el pueblo se prepara para comprender que lo divino ha entrado en relación con este sacerdote y, por tanto, es de esperarse algo especial.

El cumplimiento de la promesa

90

La escena recupera la normalidad con el v. 23: «Al cumplir el tiempo de su ministerio, se fue a su casa». Parece que la ebriedad de la experiencia divina se ha desvanecido y que la historia ha perdido los sobresaltos que la canalizaban por las vías de lo extraordinario. Y, sin embargo, Dios sigue tejiendo con mano silenciosa su proyecto de amor, incluso en el contexto de los días laborables, marcados sólo por las cosas comunes. El inesperado acontecimiento de la concepción se cumple: «Unos días después, Isabel, su mujer, quedó encinta» (v. 24). Como en todos los milagros, es importante registrar el acontecimiento,

para demostrar el poder de la palabra divina. En efecto, no son palabras disparatadas, fruto de una mente enferma o exaltada, como ocurre, desgraciadamente, con cierta frecuencia. Estas palabras tienen la profundidad de la verdad, la fuerza creadora de producir aquello que dicen. Zacarías e Isabel experimentan la eficacia de las promesas divinas. Cada vez que llamen a su hijo, sabiendo bien el sentido de su nombre, reforzarán su confianza en Dios, que realiza siempre maravillas. Y, con ellos, también los lectores del texto evangélico pueden convencerse de que Dios es grande, es poderoso, de que Dios «hace gracia».

La información de que Isabel «estuvo cinco meses sin salir de casa» (v. 24) puede interpretarse, por lo menos, de dos formas. La primera es más de orden personal y psicológico, pensando fundamentalmente en Isabel. Su esconderse podría entenderse como una contemplación del hecho milagroso que se ha realizado en ella, trastornando todas las reglas biológicas. En términos un poco enfáticos, podría llamarse un «reapropiarse del misterio» del que había sido beneficiaria. Algo análogo le ocurrió a Pablo que, después de su experiencia mística en el camino de Damasco, se retiró a Arabia (cf Gál 1,17), al desierto, probablemente para revisar toda su vida a la luz de la nueva situación. Quizá Isabel no quiso dar publicidad a su condición de madre y, aún menos, dar pie a charlas y cotilleos. Su aislamiento se hace reflexión y oración, cuyo *inicio* resuena en el v. 25:

«El Señor ha hecho esto conmigo y me ha librado de la vergüenza ante la gente». Con la melodía que podría ser la de un salmo, Isabel expresa su reconocimiento orante a Dios, que ha intervenido para librarla de «la vergüenza». En más ocasiones en la Biblia se equipara la esterilidad con la vergüenza (cf Éx 23,26; 1Sam 1,5.10; Sal 113,9), porque la mujer se realizaba, casi exclusivamente, en la maternidad. El impedimento para la maternidad era una frustración no sólo psicológica, sino también teológica, porque la mujer sin hijos no contribuía a la llegada del Mesías, al no hacer que la historia discurriera por el canal de la vida. Isabel entona su pequeño *magnificat*, que celebra la intervención de Dios en su historia personal. El efecto benéfico se sentirá en la historia de todo el pueblo, porque el ángel había preanunciado: «Muchos se alegrarán de su nacimiento» (v. 14).

92

Algunos interpretan de forma distinta los cinco meses de escondimiento de Isabel, relacionando este particular con el episodio que se sigue. Este no sólo lo referirá directamente («en el sexto mes», v. 26), sino que contiene también el detalle de María, que es informada de la concepción de Isabel directamente por el ángel. Ella supo, por vía extraordinaria, lo que había ocurrido en su pariente anciana, lo recibe como signo y, a continuación, decide visitarla. Todo demuestra que el gran director de la historia es Dios, que dispone los acontecimientos para construir no una historia cualquiera, sino la historia de la salvación, la

que despliega, revela y actualiza su amor hacia los hombres.

Dios vuelve a empezar por una pareja

Una pareja, Adán y Eva, inaugura las páginas bíblicas entonando en primer lugar un dulce canto de amor en la comunión, deslizándose, después, hacia una hostilidad hecha de acusaciones y de separación. La historia bíblica vuelve a empezar desde otra pareja, Abrahán y Sara, cuando es propicio el tiempo de poner en práctica el proyecto de salvación. En el punto de paso desde el Antiguo al Nuevo Testamento, he aquí una tercera pareja, la de Zacarías e Isabel. Por primera vez, en la Biblia se habla ampliamente de ambos: se cita seis veces a Zacarías por su nombre y cuatro a Isabel, además de dos referencias como su mujer. Hay un aire de novedad en esta simetría de posición y de reciprocidad. Aunque la perspectiva parte de nuevo de Zacarías, es la pareja la que participa. Se habla de ella en términos altamente positivos: ambos eran rectos y respetuosos de la ley del Señor. Desgraciadamente, una pesada sombra oscurecía su existencia, porque no habían tenido hijos y, siendo viejos, nunca los tendrían. Bajo sus vidas se esconde el drama de todo hombre, incapaz de producir vida él solo. Habían suplicado al Señor para ser padres y parece que lo seguían haciendo. Después, repentinamente, un día se verifica

el milagro: fuerza de la oración y disposición de la providencia divina, que puede sacar hijos de Abrahán hasta de las piedras (cf Mt 3,9).

El que estará llamado a ser el último profeta antes de Jesús viene de una familia irreprochable y nace en el contexto de una intervención divina extraordinaria. Dios es realmente el «Señor de la vida», capaz de hacerla florecer donde y cuando quiere, no ciertamente por capricho, sino para hacer comprender que, cuando se agotan los recursos humanos, Él siempre está ahí, dispuesto a dispensar vida. La pareja reacciona de forma distinta: él, con una racionalidad que llega a ser incredulidad; ella, con un canto de gratitud. A continuación, serán pareja fiel en la ejecución del mandato del Señor, que había determinado imponer el nombre de Juan al recién nacido.

La pareja tiene la misión de engendrar y hacer crecer al pequeño. Se encienden sobre él los reflectores de la atención y él, el «precursor», recuerda, como intuitivamente, al que ha de venir. Así, el fragmento, hablando de esta familia especial, sienta la premisa necesaria para dirigir el discurso hacia otra familia y otra pareja cuya razón de ser será, como para la presente, el niño que ha de nacer de forma especial.

Del texto a la vida

1. Zacarías e Isabel son justos e irrepreensibles. No viven la falta de hijos como un castigo, no se rebelan, continúan su existencia en la fe y en la oración. ¿Me ocurre plantear «pretensiones» en relación con Dios? ¿Fijarle el tiempo de su intervención? ¿Estoy dispuesto a hacer, en todo caso, su voluntad?
2. ¿Me doy cuenta de las intervenciones divinas que, aunque sin apariciones angélicas, entran en mi vida? ¿Puedo enumerar algunas que han dirigido mi vida de forma nueva?
3. ¿Me dejo sorprender y asombrar por las intervenciones de Dios en mi vida, o bien interpongo dudas, como Zacarías? ¿Soy, como Isabel, capaz de una actitud aprecio admirado?